

# *Azul*

Rubén Darío



De este libro se han tirado veinte ejemplares en papel Holanda, numerados (1 a 20).

Un ejemplar en papel Japón.

AL SR. D. FEDERICO VARELA

Gerón rey de Siracusa, inmortalizado e sonoros versos griegos, tenía un huerto privilegiado por favor de los dioses, huerto de tierra ubérrima que fecundaba el gran sol. En él permitía a muchos cultivadores que llegasen a sembrar sus granos y sus plantas.

Había laureles verdes y gloriosos, cedros fragantes, rosas encendidas, trigo de oro, sin faltar yerbas pobres que arrostraban la paciencia de Gerón.

No sé que sembraría Teócrito, pero creo que fue un citiso y un rosal.

Señor, permitid que junto a una de las encinas de vuestro huerto, extienda mi enredadera de campánulas.

R. D.

## Prólogo



*L'art c'est l'azur*  
Victor Hugo

### I

¡Que cofre tan artístico! ¡Qué libro tan hermoso!

¿Quién me lo trajo?

¡Ah! La Musa joven de alas sonantes y corazón de fuego, la Musa de Nicaragua, la de las selvas seculares que besa el sol de los trópicos y arrullan los océanos.

¡Qué hermosas páginas de deliciosa lectura, con prosa como versos, con versos como música! ¡Qué brillo! todo luz, todo perfume, todo juventud y amor.

Es un regalo de hadas: es la obra de un poeta.

Pero, de un poeta verdadero, siempre inspirado, siempre artista, sea que suelte al aire las alas azules de sus rimas, sea que talle en rubíes y diamantes las facetas de su prosa.

Rubén Darío es, en efecto, un poeta de esquisito temperamento artístico que aduna el vigor a la gracia; de gusto fino y delicado, casi diría aristocrático; neurótico y por lo mismo original; lleno de fosforescencias súbitas, de novedades y sorpresas; con la cabeza poblada de aladas [IV] fantasías, quimeras y ensueños, y el corazón ávido de amor, siempre abierto a la esperanza.

Si el ala negra de la muerte antes no lo toca, si las fogosidades del numen no lo consumen o despeñan, ¡Rubén Darío llegará a ser una gloria Americana, que tal es la fuerza y ley de su estro juvenil!

En la portada de su libro, sobre la tapa de su cofre cincelado brilla la palabra AZUL... misteriosa como es el océano, profunda como el cielo azul, soñadora como los ojos azul-cielo.

*¡L'art c'est l'azur!* Dijo el gran poeta.

Sí: pero aquel azul de las alturas que desprende un rayo de sol para dorar las espigas y las naranjas, que redondea y sazona las pomos, que madura los racimos y colora las mejillas satinadas de la niñez.

Sí, el arte es el azul, pero aquel azul de arriba que desprende un rayo de amor para encender

los corazones y ennoblecer el pensamiento y engendrar las acciones grandes y generosas.

Eso es el ideal, eso el Azul con irradiaciones inmortales, eso lo que contiene el cofre artístico del poeta.

¿Y aquellas alas de mariposa azul de qué nos sirven? preguntarán los que nacieron sin alas.  
¿De qué nos sirve eso que flota en el vago azul de los sueños?

Contesta el poeta:

*-Pour des certains êtres sublimes, planer c'est servir.*

## II

Abramos el cofre Azul de Rubén para examinar sus joyas, no con la balanza y las gafas del judío, no con las minucias analíticas del gramático, sino para contemplarlas a la amplia luz de [V] la síntesis artística capaz de abrazar en una mirada el conjunto de la obra, y de comprender la idea y el sentimiento que inspiraron el autor.

El poeta más original y filosófico e España, -Campoamor,- dice: que, la obra poética se ha de juzgar por la novedad del asunto, la regularidad del plan, el método con que se desarrolla y su finalidad trascendente. Y agrega: «a un artista no se le puede pedir más que su idea y su estilo, y, jeneralmente, para ser grande le basta sólo su estilo.»

No pensaron así los griegos. Para ellos el mérito de la obra estriba en el asunto, antes que en el estilo, en la idea poética, no en su ropaje. La clámide no hace al hombre.

Eran adoradores de la bella obra; pero más de las justas proporciones, es decir, del plan y su desarrollo.

El *asunto*, -que comprende el argumento y la acción,- es sin duda, lo primero. Dada la idea, la poesía la reviste de un cuerpo, la humaniza, la hace interesante para todos los hombres, o, como dice el padre de las Doloras: -la idea se convierte en *imagen* hay en seguida que darle *carácter humano*, y después, *universalizarla*, si es posible.

Creemos además, que la poesía debe cultivarse como medio de mejorar, deleitando el espíritu y elevándolo, y entonces, las brillantes fruslerías de los versos, las alas azules de mariposa, se convertirán en estrella que guía, en alas de águila que levantan.

La regla sería: -la ficción para hacer resaltar la verdad; el esplendor de la imaginación propia alumbrando la razón ajena y avivando la conciencia, la imagen para esculpir el pensamiento que inclina a la virtud y eleva la inteligencia.

He aquí en pocas palabras las miras de nuestra poética., y a ellas ajustamos nuestro criterio. [VI] Quien quiera aceptarlas, aplíquelas, si le agrada, al libro que le presentamos. El libro saldrá airoso de la prueba.

Apuntamos estas bases de criterio para los jóvenes estudiosos que quieran comprender este libro en su valor artístico: no las aplicamos, porque no es nuestro objeto, ni el lugar de hacerlo.

### III

Pero, estas reglas no son por cierto, para los lindos ojos de las curiosas, astros errantes que recorrerán gozosos las poéticas páginas del Azul...

Yo les enseñaré a juzgar de las obras de arte con el corazón, como a ellas les gusta y acomoda. ¿Queréis saber como, lindas curiosas? -Oíd.

Si la lectura del libro, -o la contemplación del lienzo y del mármol- os produce una sensación de agrado, o de alegría; si involuntariamente exclamáis, ¡qué lindo! Tened por seguro que la obra es bella y, por tanto, poética. Si no podéis abandonar el drama o la novela, y vuestros dedos de marfil y rosa vuelven y vuelven una página tras otra para que las devoren los ojos hechizados, ¡ah! entonces, el autor acertó a ser interesante, lo que es un gran mérito y un triunfo. Si el corazón os late más deprisa, si un suspiro se os escapa, si una lágrima rueda sobre el libro, si lo cerráis y os quedáis pensativa, ¡ah! entonces, bella lectora, no os quepa duda, por allí ha pasado un alma poética derramando el nardo penetrante de su sentimiento.

La obra que, deleitando, consiga dar a luz a la mente y palpitations al corazón helado, si aviva la conciencia, si mueve a las acciones nobles y generosas, si enciende el entusiasmo por lo bueno, lo bello y lo verdadero, si se indigna contra las deformidades del vicio y las injusticias [VII] sociales y hace que nos interese por todos los que sufren, decid que es obra elocuente y eminentemente poética.

Bajo las apariencias graciosas de la ficción suele ocultarse la fuerza de estas grandes enseñanzas, y entonces la obra llega a las altas cumbres del arte.

Aplicad, lindas lectoras, aplicad estas reglas del sentimiento a las armoniosas Azules de Rubén Darío, y vuestro juicio será certero. Vuestros ojos, lo sé, derramarán más de una lágrima, vuestros labios gozosos dirán ¡qué lindo! ¡qué lindo!... y luego os quedaréis pensativas, como traspuestas, como flotando en el país encantado de los sueños azules.

### IV

Dejadme hacer un poco como vosotras. Pues que se trata de un poeta y no de un filósofo, queden a un lado la escuadra y el compás del retórico. Quiero estimar por su aroma a la flor, al astro por su luz, al ave por su canto.

Venid conmigo, palomas blancas y garzas morenas; para vosotras hablo ahora.

Nada de filosofías, nada de finalidades trascendentes, ni de abstracciones sensibilizadas, humanizadas y universalizadas. Eso, estoy seguro, hiere vuestros tímpanos delicados hechos para la música y el amor.

Conversemos del poeta; pero, sin murmurar si es posible. Escuchadme.

Rubén Darío es de la escuela de Victor Hugo; mas, tiene a veces el aticismo y la riqueza ornamental de Paul de St. Victor, y la atrayente ingenuidad del italiano d'Amiens, tan llena de aire y de sol. Describe los bohemios del talento como lo haría Alphonse Dandet, y pinta la naturaleza [VIII] con la unción el colorido y frescura de los cantores de *Pablo* y *Virginia* y de la criolla *María*.

Os sonreís pensando, ¿qué tienen de común Victor Hugo, el relámpago y el trueno, con los

idilios americanos de St. Pierre y de Isaacs, y con las escenas parisienses del autor de *Sapho*?

Son en verdad, estilos y temperamentos mui diversos, mas nuestro autor de todos ellos tiene rasgos, y no es ninguno de ellos. Ahí precisamente está su originalidad. Aquellos ingenios diversos, aquellos estilos, todos aquellos colores y armonías, se aúnan y funden en la paleta del escritor centro-americano, y producen una nota nueva, una tinta suya, un rayo genial y distintivo que es el sello del poeta. De aquellos diferentes metales que hierven juntos en la hornalla de su cerebro, y en que él ha arrojado su propio corazón, al fin se ha formado el bronce de sus Azules.

Su originalidad incontestable está en que todo lo amalgama, lo funde y lo armoniza en un estilo suyo, nervioso, delicado, pintoresco, lleno de resplandores súbitos y de graciosas sorpresas, de giros inesperados, de imágenes seductoras, de metáforas atrevidas, de epítetos relevantes y oportunos y de palabras bizarras, exóticas aún, mas siempre bien sonantes.

## V

Acaso se apega demasiado a la forma; pero, esa es su marca; y, luego que él no descuida el fondo. Acaso...

¡Chit!... Acercáos más, lindas muchachas, estrechad vuestra rueda como las ninfas campestres en torno al viejo Anacreonte, y escuchadme.

¿Sabéis? ¡Su hermosa Musa tiene un defecto!

-¿Cuál? ¿Cuál?

-El de ser demasiado hermosa. [IX]

-¡Ah!... ¡Oh!... ¡Bah! ¡Bah!...

-¡Dejadme concluir: y presumida!... ¿Qué diríais de la muchacha que untara de bermellón sus mejillas frescas y rozagantes? ¿Qué, de la niña que vistiera perpetuamente de baile por parecer mejor?

-Y eso, ¿a qué viene?

-Vais a ver. El poeta tiene su flaco: esmalta y enflora demasiado sus bellísimos conceptos, abusa del colorete, del polvo de oro, de las perlas irisadas, de los abejeros azules... y sin necesidad; mientras más sobrio de luces y colores, más natural y es más encantador. Siempre el estilo ático fue más estimado que el estilo rodio por los hombres de buen gusto. La elegancia no consiste en el exceso de adornos, ni en la profusión de alhajas.

Pero, ¡eso es nada! Él sabe hacer elegante su riqueza y aceptable su colorete: el peligro es para sus imitadores, que creen tener sus vuelos, porque salpican sus salzas literarias con el áureo polvo, y su estro, porque se recargan de falsa pedrería como serafines de aldea.

Sigamos murmurando, como los críticos... ¿Sabéis?...

-¿Qué más, maestro?

-El poeta tiene otro flaco... ¡Os reís!... ¡Eh! callaré...

-¡No! ¡no! ¡Hablad, por favor!...

Darío adora a Víctor Hugo y también a Cátulo Mendes. Junto al gran anciano, *leader* un día de los románticos, coloca en su afecto a la secta moderna de los simbolistas y decadentes, esos idólatras del espejo en la frase, de la palabra rehumbrosa y de las aliteraciones bizantinas.

Víctor Hugo tenía el soplo gigantesco de Homero y de Isaías. El torbellino de su inspiración [X] producía su pensamiento exhuberante, que no podía vaciarse en los moldes estrechos de la Academia, y él, entonces, impelido por necesidad imperiosa, se creaba su propia lengua, con la audacia del genio. Para derramar su pensamiento fulgurante tomaba cuanto hallaba a mano: sonido, color, letra, palabra, suspiro, desgarramiento, no importa qué; cuantos acentos e inflecciones toman la voz humana y la magna voz de la naturaleza entera, bosque, nube, océano; cuantas combinaciones alcancen a idearse, todo era bueno para él, todo era suyo, todo elemento de su lengua, y todo se plegaba dócilmente a su pensamiento y obedecía a su voluntad soberana.

Eso pudo Víctor Hugo, porque suyo era el verbo creador, porque él era el genio. El verbo puede crearse su propia carne, como el caracol su concha: pero la carne sola jamás creará al verbo, y como la estatua existirá sin alma.

La luz produce los colores: los colores no encienden la luz.

Los poetas neuróticos de París que se llaman los *decadentes*, quieren hacer como Víctor Hugo, y torturan la lengua, la sacan de quicio, la retuercen y la dan extrañas formas y giros; pero, poco se curan del pensamiento. ¡No bajará para ellos el espíritu en forma de lenguas de fuego!

Darío tiene bastante talento para escapar a la Sirena de la moda que lo atrae al escollo... Pero, ¡cuidado! Góngora también tenía talento...

En sus poéticas páginas, en prosa y en verso, el pensamiento relampaguea a cada paso; pues él quiere más, y las palabras desplegadas en guerrilla, avanzan a fogonazos.

No se abandona a su talento, busca el efecto, busca el éxito en la novedad, y el relámpago se asocia al polvorazo, lo grande natural a lo [XI] pequeño artificial, Víctor Hugo a Verlain, la *Leyenda de los siglos* a los *Poemas Saturninos*.

He aquí el bermellón, como si el colorete en algo favoreciera las rosas de la juventud.

¡Fuera el oropel! ¡fuera lo artificial, oh, jóvenes, y soplará una aire sano sobre las letras como sobre las flores del campo!

## VI

-¡Cierto!... Mas, ¿quiénes son esos *decadentes* de que habláis? ¿Cómo es que nuestro poeta sacrifica en sus altares?

-Os lo diré. Las letras, como las flores, como las frutas, como los pueblos, suelen sufrir epidemias que las devastan y desfiguran.

Comprendo bien que el pensamiento debe ajustarse a su forma y armonizar con ella. Alma bella en cuerpo bello, es ideal.

Pues bien, hai ocasiones en que el exajerado amor a la forma ha perjudicado al pensamiento, y producido esas deformidades epidémicas en la literatura, que suelen encontrar fervorosos partidarios y hasta imponerse a un pueblo y a una época entera. Pasada la moda se la encuentra ridícula, y nadie comprende cómo vino ni que ceguera a hizo aceptable.

Y si no, ahí están para probarlo aquellas fiebres que han invadido las literaturas europeas, comenzando por el *euphuismo*, introducido por John Lilly en la corte de Isabel de Inglaterra; el *marinismo* que invade la Italia con sus *concetti*, al mismo tiempo que el *gongorismo* hace estragos en las letras castellanas, y la lengua *preciosa* en las francesas. Ni la sesuda Alemania escapó a aquellas plagas, pues el poeta Lohenstein les llevó el contagio poco después. El Hotel Rambouillet, centro culto y perfumado, creó el «estilo galante» [XII] que dejeneró en el *preciosismo*, y de su *Salón Azul*, donde por primera vez se unían la aristocracia de cuna y la de talento, salió también el *Adonis* de Marini, aquel terrible decadente llamado a Francia por María de Médicis.

Nacen estas plagas del prurito de crear nuevos dialectos poéticos, que no corresponden a nuevas ideas ni a nuevos sentimientos; nacen de sobreponer por moda, lo ficticio a lo natural, lo convencional a lo verdadero, la factura del mosaico paciente a los esplendores del genio.

En Francia, tras de los románticos, -emancipadores, exajerados e lo convencional clásico, que reinaba desde los días de Ronsard y su pléyade,- brotaron los parnasianos, simbolistas y *decadentes*. Los románticos tienen razón de ser: representan la revolución en las letras. Con el chaleco dorado en reemplazo del gorro frigio, marcharon contra la tiranía de Boileau y de La Harpe, y dieron a las letras un rumbo más humano y más propio de nuestro tiempo y de nuestra civilización. Pero, ¿qué buscan los *decadentes*? ¿qué nos traen de nuevo? ¿Cuál es su razón de ser?

¿Queréis conocerlos? Os los voi a presentar.

No se sabe a punto fijo de dónde vienen, ni creo que ellos sepan mejor a donde van, y en esto se parecen un poco a los gitanos.

¿Vienen de los hermanos Goncourt? ¿Nacieron de las *Flores del Mal* de Beaudelaire? ¿O acaso son imitadores bastardos de Víctor Hugo, que a falta de genio quieren parecerse por las rarezas del lenguaje? ¿Descenderían, por ventura, estos zíngaros, de Ramsés el Grande? ¡Todo puede ser!

Sea como fuere, ello es que la escuela modernísima de los *decadentes* busca con demasiado empeño el valor musical de las palabras y descuida su valor ideológico. Sacrifica las ideas a los [XIII] sonidos y se consagran, como dicen sus adeptos, a la *instrumentación poética*.

Los *decadentes* no sólo olvidan el significado recto de los vocablos, sino que los enlazan sin sometimiento a ninguna lei sintáctica, con tal que de ello resulte alguna belleza a su manera, la cual bien puede ser alguna algarabía para los no iniciados en sus gustos.

A los que así proceden los llamó *decadentes* el buen sentido público, y ellos, como pasa tantas veces, del apodo hicieron una divisa.

Los poetas neuróticos de esta secta hacen vida de noctámbulos y ocurren a los excitantes y narcóticos para enloquecer sus nervios y así procurarse visiones y armonías y ensueños poéticos. Acuden a la ginebra y el ajeno, al opio y a la morfina, como Poe y Musset, como los turcos y los chinos. El deseo de singularizarse es su motor, la neurosis su medio.

¡Tales son los *decadentes*, los de la instrumentación poética! ¡Divina locura! ¡Caso curioso

de la patología literaria!...

En estos neuróticos debe operarse cierta inversión de los sentidos, pues que en su vocabulario especial confunden los sonidos con los colores y los sabores, como pasa bajo el ingenio de la sugestión hipnótica.

Comprendo que la chispa eléctrica sea luz azuleja para el ojo, crepitación para el oído, escozor para la mano, acidez para el paladar, y aun concibo que tenga olor, si se la hace caer en los nervios del olfato. Comprendo que el alma, libre del fardo de la materia, tenga una noción única, y, por tanto, más perfecta, de la chispa eléctrica, aunando las cinco nociones elementales diversas que los sentidos le proporcionan, tal como de la fusión de los colores del espectro resulta el rayo de luz. Comprendo que las [XIV] sensaciones recibidas por los sentidos tengan grandes analogías y estrechas relaciones entre sí, desde que todas no son más que modos de movimiento, y sólo se diferencian en la rapidez de las vibraciones. Pero, ¡lo que no comprendo es que, hombres despiertos y metidos en el estuche de su cuerpo vivo, me digan: que, el clarín suena rojo; que llega a herir su tímpano el aroma azul de las violetas, que ven con el paladar, y que oyen por la nariz!... ¡Y menos comprendo todavía ni admito la necesidad de amoldar la lengua a tan extravagante discordia de los sentidos a nombre de la divina *instrumentación*!

Y no creáis, mis señoras, que exajero. Los *decadentes* no son desprevenidos y tienen su Código. Han ya reducido a preceptos las incoherencias de sus sueños morfinizados en el *Tratado del Verbo*.

Establéese allí que cada letra tiene un color, cada color corresponde a un instrumento músico y cada instrumento simboliza una pasión o un modo de ser. Así, por ejemplo:

La A es negra, lo negro es el órgano; el órgano expresa la duda, la monotonía y la simpleza. (Sic.)

La E es blanca, lo blanco es el harpa; el harpa es la serenidad, etc., etc.

De las combinaciones de letras, según ellos, nacen los diversos matices del sonido, del coloro y del sentimiento. He aquí pues la cábala judía aplicada a las bellas letras.

Como el niño que juega inocente al borde del precipicio, así estos poetas decadentes sonrían junto al abismo, en aquella triste penumbra vaga que separa la razón de la demencia.

Las aliteraciones, las combinaciones de letras y sonidos que ellos miran como nuevas, en su parte racional eran conocidos por el viejo [XV] Homero y usadas por Virgilio. Las armonías que ellos buscan con tan raro ahínco, otros las encontraron ya sin salir de lo razonable, y es lo que los retóricos, desde Aristóteles hasta hoy, comprenden en la armonía de los sonidos musicales, la armonía imitativa y la armonía que establece el acuerdo entre la idea y las palabras con que se la da expresión.

No hay pues tal novedad.

## VII

Es Rubén Darío *decadente*.

Él lo cree así; yo lo niego.



Él lo cree, porque poetiza la nueva escuela; porque siente las atracciones de la forma, como todas las imaginaciones tropicales; porque tiene fiebre de originalidad.

Yo lo niego, porque ni le encuentro las extravagancias características de la escuela decadente, por más que tenga las inclinaciones. Lo niego, porque él no ensarta palabras para aparentar ideas, sino que tiene el divino numen que lo salva de las atracciones del abismo, como las alas del águila.

¡Ay de los incautos que pretendan seguirlo!

La poética decadente de Darío es al *Tratado del Verbo* de lo que el hombre al mono. Ella está consignada en un hermoso estudio que consagró a Catulo Mendes, donde él mismo se pinta de cuerpo entero y descubre los procedimientos que emplea.

Dice allí en son de reproche, que «Julio Janin consideraba un absurdo, una locura, pretender pintar el color de un sonido, el perfume de un astro, algo como aprisionar el ama de las cosas.»

Otros encuentran que «hay un exceso de arte, un abandono del fondo, del verbo, por la [XVI] envoltura opulenta...» (¡Oíd!)... «¡Ah! Y esos desbordamientos de oro, esas frases kaleidoscópicas, esas combinaciones armoniosas en periodos rítmicos, ese abarcar un pensamiento en engastes luminosos, ¡todo eso es sencillamente admirable!»

¡Sí, admirable, mientras el gusto sano la vivifique, mientras el grande arte de la palabra no dejere en neuróticas orquestaciones!-

Darío va en busca «de lo bello, del encaje, del polvo áureo», quiere juntar la grandeza a los esplendores de la idea en el cerco burilado de una buena combinación de letras... quiere, «poner luz y color en un engaste, aprisionar el secreto e la música en la trampa de plata de la retórica, hacer rosas artificiales que huelan a primavera...» Y todo eso, en efecto.

De él diremos, como él de Catulo Mendes, que es un poeta de esquisito temperamento artístico, delicadísimo y bizarro; que escribe en prosa y casi rima; admirable fraseador que esmalta y enflora sus cuentos, y que para distinguirse tiene el sello de su estilo, de su manera de escribir como burilando en oro, como en seda, como en luz.

Va más lejos aún, y elogia en Méndes «el instinto que tiene de encontrar el valor hermoso de una consonante que martillea sonoramente a una vocal, y su gusto por la raíz griega, por la base exótica, siempre que sea vibrante, expresiva, melodiosa.»

Catulo Méndes como Goutier, su suegro, es un parnasiano, pero con ribetes de simbolista decadente.

Darío es un poeta *sui generis*, con más facetas que el Ko-hi-noor de la India, y con más nervios y caprichos que Sara Bernhardt.

Su admiración por los primores y rarezas de la frase, su inclinación y gusto por los pequeños [XVII] secretos del colorido de las palabras y armonías literales, han hecho, sin duda, que él se crea *decadente*.

No lo es dijimos, porque no tiene las extravagancias de la escuela. Sus mismas sorpresas, novedades, rarezas de forma, son tan delicadas, tan hijas del talento, que se las perdonarían hasta los más empecinados hablistas. Suele haber raíces exóticas en su vocabulario, suelen deslizarse algunos graciosos galicismos; pero, es correcto, y si anda siempre a caza de novedades, jamás olvida el buen sentido, ni pierde el instinto de la rica lengua de Castilla al

amoldar las palabras a su orquestación poética. No así en las cláusulas de su florido lenguaje. Ellas tienen más el corte francés moderno, brusco, breve, nervioso, que el desarrollo grave, amplio, majestuoso de la frase castellana.

Sus *bizarrerías*, como él suele decir, hijas lejísimas son de una organización nerviosa, de las sangre juvenil, y sobre todo de la viveza y esmalte de estas imaginaciones maduras en los climas ardientes.

Sin embargo, no se puede desconocer su tendencia a los decadentes. Veo que tiene un pie sobre ese plano inclinado: si eso se hace de moda, temeré que la moda lo empuje y lo precipite.

¡Ah! ¡la Moda!... Conocéis sus caprichos locos y su imperio. Por culpa de ella ahí tenéis a nuestro poeta lírico enflautado en su larga levita y en el tubo lustroso de su sombrero, en vez de llevar flotando a la espalda el blanco albornoz de los beduinos, de holgados pliegues, airoso y elegante. El Yemen lo creería su hijo; el camello lo reconocería; tañería la guzla mora adornada con flores de granado, y las mujeres de ojos negros arrojarían jazmines a sus plantas.

¡Quiera Alhá, que no caiga en el abismo! [XVIII]

Lo que es por hoi, este bellissimo libro *Azul*, con arabescos como los de la Alhambra, proclama la estirpe de su autor, y prueba que no es él un *decadente*.

Si él lo dice, ¡no se lo creáis! ¡Pura bizarrería! ¡pura orquestación poética!

Vale más que eso. -Él es él, el poeta de Nicaragua, el que baña su frente en un nimbo de oro cuando sueña sus *azules*, y conversa con las hadas cuando modula sus rimas y canciones.

-*Ecce homo!*...

## VIII

-¡Veamos ahora!

Allá en el fondo del Ática, cuando del viejo coro religioso de las fiestas dionisiacas comenzaba a desprenderse la tragedia, cuando Esquilo meditaba su Prometeo, el pueblo murmuraba en torno del altar del dios, un poco olvidado: -¡Nada por Dionisio! ¡Nada para Dionisio!...

Como el pueblo ateniense dirá acaso, mi buen amigo Rubén, al ver que dejo correr la pluma charladora por donde menos pensaba, y para nada me ocupo de su nuevo libro.

Ciertamente, darlo a conocer era mi intención al sentarme a escribir este Prólogo; pero, ¡me acontece como a un buen amigo mío, improvisador sin fin ni fondo, que se sentó a escribir una décima y le salió comedia!... Mas, pues tengo aún dos cuartillas blancas sobre la mesa, hagamos algo por Dionisio para que el pueblo no murmure.

Recorramos la reducida, pero rica galería de sus lienzos y acuarelas, de sus mosaicos y camafeos, de sus bronceos y filigranas.

Venid, bellas ninfas, adornadas del arte; venid y admirad conmigo sobre el *Azul* joyante [XIX] de esta prosa, el divino centelleo del *Año Lírico*, Lira de brillantes sobre mullido cojín de raso azul. -¡Entrad!

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

